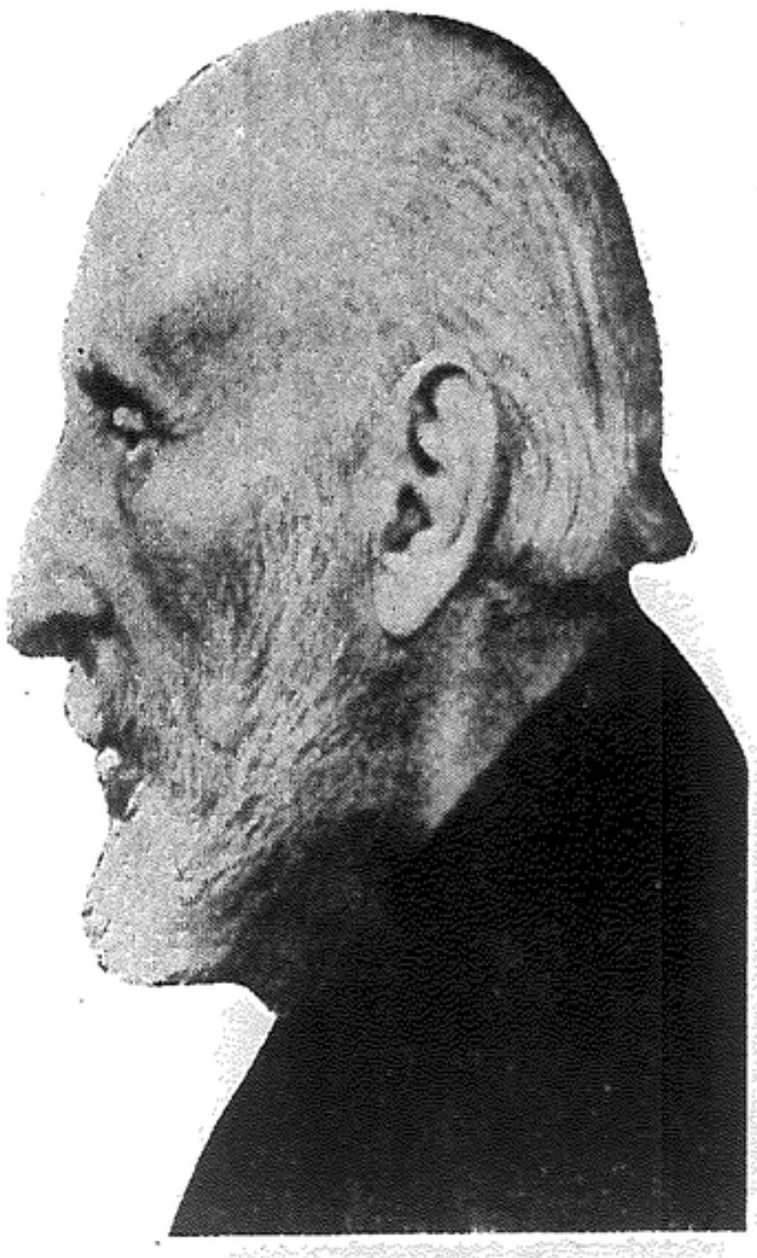
CAJAL ESCRITOR



Su último libro

Por Benjamín Jarnés

No sabemos cuál fué el último libro de don Santiago. ¿Fué tal vez el iniciado con su muerte, es decir, el ejemplo de toda su vida puesto definitivamente, al día, de su gran silencio? Su último libro impreso fué "El mundo visto a los ochenta años", pero se disponía a acabar otro: "Solos ante el Misterio", el libro de su última "agonía": libro que quedó en preparación. Tal vez querría don Santiago que con él nos asomásemos al gran misterio de la vida grande, invisible al microscopio; pero "ante el misterio" él se presentó como los demás mortales, sólo.

Acompañado de sus obras. También de sus obras literarias y científicas. Con una clara y limpia cuenta de gastos de tiempo y de energía. Ninguna tan clara y limpia como la suya. Recibió cinco talentos y son diez los que pudo devolver a la divina Contabilidad, como el siervo fiel.

"La gran preocupación de Cajal—escribió uno de sus discípulos—fué crear la España científica; preocupación de raíz paralela a las de Costa, pero infinitamente más eficaz, porque el gran maestro de todos no sólo predicó—¡y con qué elocuencia!—sino que nos dió el ejemplo del trabajo que no valdría al día siguiente ni dinero ni aplausos, sino pura satisfacción de haber visto la cara a la Verdad, grande o pequeña".

Murió en el áula. Se extinguió duramente una lección. Trabajó hasta la hora del gran viaje. "En su última cuartilla—nos dijeron entonces los periódicos—describía los síntomas de la muerte. Los últimos renglones son ininteligibles... Arrancó al tiempo sus últimos instantes. España y la ciencia no podían exigirle más.

Este último libro de Cajal se divide en cuatro partes. Glosa en la primera "las tribulaciones del anciano". En la segunda, "los cambios de ambiente físico y moral". Dedica la tercera a exponer las teorías acerca de la senectud y de la muerte. Y la cuarta, a describir los "paliativos y consuelos de la vejez".

Curioso libro, tan de estos tiempos, de temas poco o nada cultivados en España. Libro generoso, donde se rinde homenaje a cuanto de vivo y aleccionador se ha escrito acerca de ellos. El glorioso anciano leía—como pudo leer de muy joven—todo cuanto pudo aumentar su talla espiritual un codo. Seguía puntualmente los avances filosóficos, históricos, literarios, además de todos aquéllos que ya sólo atañían a su especialidad científica. Su prodigiosa capacidad de trabajo pudo hacer escribir a Nietzsche: "Cuando hay muchas cosas que meter en él, el día tiene cien bolsillos". Experto conocedor de su propia máquina de pensar, el infatigable profesor la hizo rendir su última energía.

Un día, hace algunos años, notó Cajal que su cabeza ardía, "sin que moderasen la sofocación, el paseo ni el silencio absoluto"... Alguien le examinó y le dijo:

—Amigo mío, ha comenzado la arterioesclorosis cerebral de la senectud. ¡No hay que alarmarse! Estamos al principio y un buen régimen atajará el progreso del mal.

Le recetó yoduro de potasio y le aconsejó mucha cautela al escribir y hablar; le prohibió asistir a "locales sobrecalentados"... Le prohibió, en suma, hacer vida de hombre "cerebral"... Como problemático paliativo—dice Cajal—me brindaban "el tedio de la inacción, la congelación del pensamiento, más horrenda que la misma inexistencia".

Yodo y quietud. ¡Bonito porvenir!—añade.—Pero yo, que fuí siempre muy terco y rebelde, decreté para mi capote, aunque sin gran convicción, que gozaba de buena salud. Me autosugestioné una euforia rezumante...". Y decidió trabajar, morir trabajando.

Así, en efecto, ocurrió. Y no en trabajos fáciles, de puro juego. Cajal no gozaba escribiendo, sufría. "Cada cuartilla—nos dice—me cuesta tres o cuatro copias, y jamás queda a mi gusto. A ser posible, reharía y refundiría todos mis libros... Siempre encuentro en ellos algo que rectificar o que añadir. "Terco y rebelde, huía de toda petrificación. Por eso jamás quiso dar por acabado nada, menos aún sus libros, por miedo a verlos convertidos en estatuas sin vida, en rígidos monumentos de su gloria universal".

Rehacer a diario su vida y su obra: ¡qué delicia! Yodo y quietud: ¡Qué espanto!

Y al lado de esta vehemencia de Cajal, ¡qué tranquila aceptación de su edad, la suya! La mejor prueba es su libro "El mundo visto a los ochenta años". Se rodea—para que le ayuden a contemplar y contemplarse—de los viejos — y excelentes — amigos: Epicteto, Quintiliano, Sófocles, Plauto, Montaigne, Buffon...—El hombre no muere, se mata — le dice uno.

—Por culpa nuestra es breve nuestra vida—le dice otro.

Cajal se preserva de cuanto puede abiertamente disminuirle; se traza un plan higiénico admirable; lo sigue tercamente, como buen aragonés y como sabio auténtico. Así puede seguir leyendo, meditando, escribiendo. Y siempre con plena claridad de espíritu.

¿En busca de la gloria? En busca de la verdad.

La ausencia de éxitos ruidosos, inmediatos, nunca hizo perder vehemencia al pulso de Cajal. Siguió—tenazmente—su faena. Era tanto como seguir su vida: le era imposible abandonarla. "¿Prohibiremos—dice—al caduco, próximo al término de su carrera, las excursiones por el campo de la literatura, de la historia, del arte o de la erudición enciclopédica? Seríamos crueles. Quien ha consagrado buena parte de su vida a un orden de actividad intelectual siente en su cerebro el callado palpitar de regiones postergadas". Son vidas—de artista, de filósofo, de gran poeta—que alguna vez se soñaron vivir, que a la hora final asoman su cabeza preguntando por qué no se vivieron... La agonía final del especialista laborioso abierto a todas las actividades del espíritu debe ser pavorosa...

Cajal anota en su libro: "Como la psicología moderna ha demostrado, en cada yo hay varios egos en íntima convivencia. A causa de la actividad profesional, sólo uno de ellos ha prevalecido; los demás vibran silenciosos y postergados. A despecho de su amodorramiento, pugnan, como dejamos dicho, por dar fe de vida. Para ello aprovechan la fase de agotamiento del yo senil, eje de la personalidad profesional y cotidiana. Y anhelan suplantarlo, exteriorizando a plena luz, valga lo que valieren, las reflexiones en aquéllos acumuladas, durante lustros, de lectura y meditación".

¡Fértil angustia la del glorioso anciano! Una fama universal no pudo calmar sus anhelos de ser hombre en plenitud, de ser los "yos" posibles, de todas las vidas larvadas bajo su vida principal, de inventor, de maestro, de príncipe de la ciencia. El que jamás quiso "representar" nada lo hubiera querido "ser todo".

El cansancio y el tedio fueron expulsados definitivamente de esta vida ejemplar, ya desde la adolescencia. El cansancio y el tedio—que esterilizan tantos ímpetus de café y de tertulia—no cuentan para nada entre las enfermedades de Cajal ni siquiera en esa última enfermedad que nos privó no de las lecciones del sabio, pero sí de su vivaz y alentadora presencia.